

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó en Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Teatro Principal, por D. Francisco Flores Arenas.*—&c. *por D. Julio García del Busto.*—*Rugier de Lauriga. Segunda parte, por doña Felicitas Asín de Carrillo.*—*Geroglífico.*

TEATRO PRINCIPAL.

Reforma del coliseo.—Nueva compañía lírica.

Desde que la construcción de un buen teatro en Cádiz se quedó poco más ó menos en proyecto, que es la suerte común de todas las grandes mejoras que aquí se quieren poner en el telar, los ojos se volvieron hácia este coliseo; porque, malo y todo como es, no hay otro que pueda suplir lo que á él le falta. La empresa de mejorarlo no dejaba de ser árdua, y aunque era bien esperar mucho del acendrado gusto del Sr. Ceballos, individuo de la Junta de Beneficencia encargado en especial por ella de la obra, al cabo ni del Sr. Ceballos ni de nadie pueden exigirse imposibles; é imposible es en efecto hacer que quede completamente bien lo que es en su esencia tan defectuoso. Dicho Sr. ha hecho sin embargo, mucho, muchísimo; creemos que todo cuanto podía hacerse con los elementos de que le era dado disponer.

La sustitución de los tableros antes lisos de las placas por ligeras y graciosas barandillas de hierro, preenta una admirable visualidad. Nada más aéreo ni más elegante que aquellos palcos, tales como han quedado al presente.

No era fácil hacer otro tanto con los demás órdenes; pero han ganado extraordinariamente con haberse pintado sus antepechos de blanco al barniz; lo que permite que mereced á las luces inmediatas resalten por el claro oscuro los adornos sobrepuestos que ya tenían; y que ni era posible ni conveniente el quitar.

Los fondos son de papel labrado carmesí, color que al efecto se usa en los mejores teatros de Europa. Esta circunstancia abona la oportunidad de su empleo para hacer destacar de la manera más conveniente las figuras.

A la orquesta se le ha dado la forma de un semicírculo; disposición convenientísima al objeto á que está destinada. Una barandilla de hierro la separa completamente del público.

El alumbrado ha sufrido una reforma radical. A la lucerna, cuya pobrísima y única luz convertía al teatro en una sala de *Profundis*, se han sustituido elegantes candelabros de tres luces con bombas de cristal, colocados aquellos en la parte inferior de los antepechos. La claridad que este conjunto dá es brillantísima. Ciertamente es también que el calor que las tales luces producen está en la misma proporción, y que en las localidades altas de la sala se siente con molestia no poca; pero esto consiste en gran parte en que este teatro no tiene ni con mucho la ventilación que necesita, empotrado como está entre otros edificios, y sin poseer un aparato ventilatorio que haga renovar el aire, allí siempre encerrado. Conviene también tener en cuenta que los brazos de una sola luz colocados en las tertulias alta y baja, tenemos entendido que son provisionales. En este caso, y á ser posible aun, parécenos convendría que los que hayan de colocarse definitivamente volasen hácia el centro todo lo más que se pudiera, á fin de que ni las emanaciones del gas llegasen tan vía recta al olfato de las personas, ni la demasiada proximidad de una luz de tal especie aumentase el calor que naturalmente ha de producir el aire rarefacto, que á fuer de tal ha de buscar la mayor altura posible.

Hase dado también aumento á la cabida del público en las localidades de preferencia, utilizando para esto todos los palcos segundos del frente, antes rara vez ocupados, y muchos de los laterales. Forman la primera fila butacas, y las posteriores sillas, cuyo precio es menor.

Omitimos en obsequio de la brevedad otras mejoras que se han hecho, así en el exorno como en la comodidad de los ingresos y oficinas. Mereced á todas ellas el teatro presenta un aspecto muy distinto del que últimamente tenía. La vieja coqueta se ha arrebolado con tal acierto que casi parece joven. Ya se comprende que esto es mucho, y por ello felicitamos á nuestro entendido amigo el Sr. Ceballos, á quien creemos se debe esta feliz transformación.

Llamámosla feliz, y en efecto lo ha sido doblemente, porque tambien la ha experimentado aquel teatro en la parte artística. El hediondo *Buñuelo* ha cedido su puesto á *Lucrecia Borgia*, á esa magnífica creacion del malogrado Donizzeti, y excelentes artistas, tales como ha mucho no los hemos oido allí, han tomado posesion del que vuelve á ser templo de las musas.

No vamos á hablar por hoy mas que de *Lucrecia* y de su desempeño. Este será el prólogo de nuestras tareas de crónica teatral; prólogo que anuncia ser muy agradable para el público, y mas aun para nosotros, porque el haber de tributarelogios es harto mejor que el tener que criticar defectos.

Para el público de Cádiz *Lucrecia* solo presentaba un inconveniente; pero inconveniente no muy leve, y es el de ser esta quizá la ópera que mas ha oido. Cierito es que lo que tanto mérito posee en sí no puede envejecer nunca. Lo bueno tiene el privilegio de parecer siempre nuevo; mas la masa general de los públicos no está dotada de tantos grados de afición que prefiera lo que ha oido mas á lo que ha oido menos. Esto acaso sirva para explicar ciertos fenómenos teatrales de que mas adelante nos ocuparemos brevemente.

¿Qué diremos de la ejecucion de dicha ópera? Que ha sido tal como no creemos haberla visto nunca. Esto nos lleva naturalmente á hablar de los principales artistas que en ella han tomado parte.

La Sra. Peruzzi es un soprano de excelentes medios, de perfecta afinacion, de un sistema de canto, inmejorable. Estas condiciones bastarian para hacer de ella una muy buena cantante; pero es mas que todo eso, es una superior actriz en quien se reconoce la brillante escuela de la Ristori. Su canto declamado es admirable; ni un gesto inoportuno, ni un grito injustificado, ni una actitud que no revele la verdad del arte. La Sra. Peruzzi en el tercer acto es un objeto de estudio para todos aquellos que tienen ojos y ven, que tienen oidos y oyen; cosa no tan comun como parece. La altiva, la sanguinaria Borgia pidiendo en vano á su esposo la vida de Genaro, irritada con su negativa, pero impotente en aquel momento para contrariar su voluntad, es la tigre encadenada que afila sus garras y revuelve con furia sus ojos en las órbitas, mientras el temor le hace acariciar aparentemente la mano que la enfrena. Tal es la Peruzzi en aquel magnífico duo, en aquel no menos magnífico terceto. Si ha habido acaso quien así no lo comprenda y quien al comprenderlo no goce, no se estasie, no aplauda, por él lo sentimos.

Si á esto se agregan las distinguidas maneras de la artista, su gusto en el vestir, y un conjunto en fin simpático, se comprenderá todo lo que vale nuestra prima donna y todo lo importante de su adquisicion.

Debemos decir otro tanto del bajo Sr. Selva, excelente actor y excelente cantante, y que por tanto sobresale, como su señora, en el difícil canto dramático. No es posible ejecutar con mayor dignidad, al propio tiempo que con intencion mas profunda, el papel del duque Alfonso.

El Sr. Landi es un tenor que posee una voz de bellissimo timbre, al propio tiempo que segura en todos los puntos y sonora en los altos, que dá sin esfuerzos ni gestos ni contorsiones. En su última escena dió muestras de ser actor, y adquirió una animacion muy superior á la que le habíamos notado en otras. Posee además una bella figura, maneras oportunas y muy buen decir.

A juzgar pues de las demás partes principales por las ya vistas, puede afirmarse que acaso nunca el teatro Principal de Cádiz ha poseido un conjunto tal de excelentes artistas. Por ello nos felicitamos, y felicitamos á la empresa que con tan singular acierto ha reunido una compañía que fuera digna del mejor de los teatros de España. Así lo creemos, y así lo decimos con la imparcialidad de que hemos dado pruebas solemnísimas en los largos años que llevamos de tareas periodísticas.

Esta misma imparcialidad, que á todos es bien alcance, nos fuerza á decir que si bien los espresados artistas han sido muy aplaudidos y constantemente se les ha hecho salir á la escena concluida la ópera y frecuentemente concluido el acto tercero, no hemos hallado á estos aplausos tan nutridos, tan estrepitosos como habria derecho á esperar, atendido el mérito de los nuevos cantantes. ¿En qué ha podido consistir esto? ¿Es que no han agradado á la generalidad? Nó, es, en nuestro entender, que la buena ópera, que la buena música, habia dejado de ser costumbre en un teatro invadido tanto tiempo hacia por la zarzuela. Los públicos tienen tambien su paladar, este se llega á pervertir por el uso continuo de ciertos manjares, y necesita de algun tiempo para apreciar despues sabores tan delicados. Dejemos á nuestro público que paladee el delicioso de esta compañía, y estemos seguros de que le hará la cumplida justicia que merece. De esto tenemos ya una prueba en el creciente favor que alcanza, y que se ha demostrado con evidencia en las pocas funciones que lleva dadas. Cádiz, que como ninguna otra ciudad de España acaba de demostrar su entusiasmo por la Sra. Ristori, no habrá de ser menos ahora en la apreciacion de artistas cuyo mérito no puede dejar de comprender, porque eso fuera desmentir el justo concepto que goza de ilustracion, de cultura y de galantería.

¿Será tal vez que en la *Lucrecia* le haya faltado el aliciente de la novedad? Es muy posible. Esperamos por tanto al *Trovador* y á la *Traviata*, donde sabemos que la Sra. Peruzzi ha alcanzado sus mejores laureles.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

&c.

Escribir sobre una &c.

¿Qué rareza!

Sin embargo, nosotros consideramos que el asunto merece la pena de tratarse, y vamos á ocupar

algunos momentos nuestros y de los lectores, demostrando la importancia de este signo gramatical.

¿A quién no ha sazado de apuros una &c?

¿Cuántas veces se encuentra uno comprometido despues de haber pronunciado *ciertas* palabras, que exigen otras no menos ciertas, que ó no se pueden, ó no es conveniente decir?

Y entonces, qué recurso queda?

¿Callar?

Estamos en unos tiempos en que nó quien habla mas gana menos.

Si cualquiera en una reunion de amigos, deja un pensamiento á medio espresar, inmediatamente es asediado por los circunstantes, que movidos por el aguijon de la curiosidad, le interpelan de este modo.

—Decia V. que.....

¿Cómo evitar esta terrible pregunta?

Cosa sencilla: añadiendo despues de lo que se ha dicho y antes de lo que no se quiere, no se puede, ó no se debe decir, una, dos, ó tres &c. &c.

Hasta aquí de la &c. en general.

Ciñámonos á algunos casos, y podremos hacer mas palpables las ventajas, utilidad, conveniencia, &c. de la *misma*.

Ya tenemos el caso.

Nosotros queriamos escribir un período mas largo y armonioso, para *hacer efecto*.

Buscamos muchas palabras sinónimas, á la manera de algunos escritores que nos fascinan con su larga y cadenciosa fraseología.

No contamos con nuestra fecundidad, y tuvimos que echar mano de la &c.

Otro caso.

Sentado á la mesa, cucharon en mano, un padre de familia, se dispone á servir la sopa á su *idem*.

Lllaman á la puerta.

—¿Quién es? pregunta.

—Una visita: responde la criada.

Es un amigo de no mucha confianza.

Despues de los saludos de costumbre, suplica este se le refiera el *suceso del dia*, de que apenas tiene noticia.

La sopa se está enfriando.

¿Cómo hacerlo, para comerla caliente?

Contar el *suceso* á lo espartano; á beneficio de algunas &c. &c.

Supongamos ahora que hay en la casa una señorita que raya en los veinte y cinco, á quien por consiguiente no sobran probabilidades ds obtener lo que se llama una buena colocacion.

Es necesario dar á conocer, las prendas que la adornan.

Las alabanzas de los parientes no bastan para dar la salida.

Se busca un amigo de confianza, á quien se le ruega publique las virtudes de la niña.

Este lo hace de buen grado; pero como son *largas de contar*, habla de algunos, y comprende las demás en una &c.

Oyó un muchacho la &c.

Calculó que podía comprenderse en aquel signo, un círculo de riqueza.

Entabló negociaciones.

Se casó.

Y todo ¿por qué?

Por una &c.

Otro.

Encontramos á un amigo postema, y al hacerle los ofrecimientos de costumbre, queremos ser atentos, sin que por nuestra *finura*, nos sobrevenga molestias, visitas importunas, ni otros *perjuicios*.

Le decimos:—sabes que tienes una casa á tu disposicion.... &c. &c.

Otro.

Figurémonos un estudiante que no estudia.

Está en vísperas de exámen, y es necesario, cuando menos, tener una ligera noción de las asignaturas.

Entonces hace por ocho dias de verdadero estudiante, y convencido de que puede salir airoso, se presenta ante el tribunal que ha de juzgar de su aprovechamiento.

Le pregunta v. g. la division de cualquier materia; mas como lleva las lecciones, como vulgarmente se dice, prendidas con alfileres, recuerda los dos primeros miembros: llega al tercero, al cuarto, al quinto: no los sabe.

¿Qué hace?

Añadir, echándola de muy versado en la materia una ó mas &&cs., *para ver si cuela*, segun la *gráfica* locucion estudiantil.

Convirtamos el estudiante en profesor.

Empieza la explicacion, y al citar algunos autores que tratan del asunto, solo recuerda los nombres de uno, ó dos.

Nada peor para un maestro, que hacer patente en plena cátedra, su ignorancia, ú olvido.

¿Qué medio tiene para conjurar los murmullos de sus discípulos?

La &c.

Otro.

Hay autores, que no teniendo condicion, quieren demostrar su universalidad; y al escribir un folleto, tocan como por incidencia algunas materias que no conocen.

Para dar á los lectores idea cabal de su sabiduría, *endilgan* unos cuantos términos técnicos que calculan de buen efecto.

No cuentan con que el camino del saber, es resbaladizo.

Tropiezan: se estremecen, y al preveer el golpe, buscan algo que les sostenga ínterin ponen el pié en lugar seguro.

¿Cual es ese algo?

El gancho de la &c.

¿Querémos mas &&cs.?

Vayamos á los comercios, y encontraremos infinidad de paquetes que contienen objetos varios.

En la imposibilidad de significarlos todos en la etiqueta, concluye el rótulo con una &c.

Acudamos á las oficinas.

En un ministerio, en un gobierno de provincia, en una capitania general, en cualquier dependencia del estado, oírémolos dictar una minuta, y á la conclusion decir al escribiente, "Dios &c."

¿Se quiere aun mas &&cs.?

Leamos el encabezamiento de una ley, y despues de todos los títulos del monarca, se verán unas cuantas &&cs.

Leamos el de un bando, y verémos al alcalde corregidor, seguido de &&cs.

Leamos la portada de una obra, y hallarémos despues de los títulos y honores académicos del autor, dos ó mas &&cs.

Leamos una gramática, y encontrarámos en los ejemplos, cientos de &&cs.

Vayamos por último á una imprenta, y tropezarámos en una caja de &&cs.

Veamos todo lo que hay que ver: oigamos todo lo que hay que oír: leamos todo lo que hay que leer, y siempre, ó la mayor parte de las veces, encontráremos &&cs.

¿No bastan todas estas &&cs.?

Pues bien, lectores benévolos: nosotros deseamos sinceramente que no os haya cansado tanta &c. porque sois para nosotros personas muy dignas, muy ilustradas, muy apreciables, muy&c.&c.&c.

JULIO GARCIA DEL BUSTO.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Pero Hernandez instruyó á D. Juan respecto á cuanto este deseaba inquirir.

—Es bonita? es jóven? preguntó D. Juan con intencion.

—Jóven y bonita, contestó el interpelado; pero está muy enferma y muy demacrada.

—Está bien, retírate, y cuando venga tu amo dile que venga inmediatamente; deseo hablar con la prisionera.

D. Juan volvió á quedar solo y empezó á pasearse por su habitacion.

—Jóven.... bonita.... exclamó luego con marcada malicia; vamos, está visto, el infante anda enamorado

Al decir esto, se paró, dibujóse en sus labios una desdeñosa sonrisa y dijo:

—Imbécil! ¿seria bueno que este hombre reinase en Castilla? Imposible! pero, qué me importa? Si es tonto peor para él y mejor para mí: yo dictaría órdenes y él soportaria el peso de la corona.

D. Juan de Lara miró en torno suyo y añadió:

—Sin embargo, no es tan tonto como parecia, y no seria bueno jugar.... Zape, Juan! tente, y no juegues con tu tocayo aunque por ahora se encuentre en Valencia huyendo de la quema.

Mientras el de Lara sostenia este soliloquio, el pobre Pero Hernandez corria todas las calles preguntando inútilmente por su gefe y señor. Nadie le decia donde estaba Gonzalo.

Pero Hernandez era frágil y amigo de beber y tuvo una debilidad. Habiéndose encontrado á un compadre y amigo, trató de confortar su estómago y bebió la primera copa.

La copa primera es para un bebedor lo que para un carro una sola rueda.

Pero Hernandez quiso que el carro anduviese y apuró la segunda copa: detrás de esta vinieron las demás.

El desdichado salió á la calle sin saber lo que hacia ni lo que antes se habia propuesto ejecutar.

Ya hemos dicho que al amanecer tomó á Rugier por Gonzalo, y el lector sabe todo lo que pasó entre ambos dentro de la fortaleza. Vamos á decir ahora lo que ocurrió á Pero Hernandez desde el mismo momento en que Lauriga y él salieron juntos y se separaron en la cueva del monte del Retamar.

Rugier le hizo algunas indicaciones acerca del sitio en que podia encontrar al pobre Gonzalo y á un fraile que habia quedado junto á él.

El llavero lanzó un quejido de angustia cuando supo que su amo estaba herido de gravedad, y acto continuo echó á correr en su busca.

Despues de haber corrido bastante tiempo vió con el mayor júbilo que Gonzalo no estaba muerto.

El enamorado alcaide habia vuelto en sí, y arastrándose como pudo se acercó al pié de un árbol que le ofrecia una sombra bienhechora.

El sitio en donde habia caído estaba empapado en sangre; Gonzalo trató de reanimar el hilo de sus ideas y advirtió con sorpresa que su cuello estaba vendado, que le habian despojado de su armadura y que en medio del camino habia otra que no le pertenecia: ni aquella era su cota ni aquel casco era el suyo. La sustitucion se habia realizado indudablemente por la misma persona que le habia hecho la primera cura.

Gonzalo no comprendia nada de todo lo que le acontecia.

Recurriendo á su memoria pudo recordar la escena de la noche anterior, las palabras de Adrian y la condesa, sus celos, su desesperacion y su mala ventura en el encuentro que tuvo con Montalvo.

Gonzalo recordó tambien que cuando salió al encuentro de su rival iba con él el verdadero padre Gerardo.

El herido le buscó por todas partes y sus ojos no le hallaron; se hallaba envuelto en una espantosa soledad.

El sol lanzaba sobre la tierra sus dorados rayos, y aquellas inmediaciones estaban calladas y desiertas.

Gonzalo trató de ver si podia levantarse y andar; pero su cuerpo debilitado se negó á ello, y el infeliz se resolvió á esperar que algun alma viviente pasase por aquellos sitios.

Cuando vió llegar hasta él al pobre Pero Her-

andez juzgó que un ángel le enviaba en su socorro.

El fiel criado se precipitó á sus piés y lloró de gozo al ver que existía.

Gonzalo le tendió una mano que Pero Hernandez estrechó con efusion.

—Vos herido! exclamó; vos aquí en este sitio abandonado de todo el mundo.... Oh! si yo lo hubiera sabido!....

—Bastante has hecho con venir á buscarme; estoy tan débil....

—Pero ¿cómo no habeis podido evitar esta catástrofe?

—Piensas que me pena? preguntó el herido con amargura: ¿piensas que no me alegro de encontrarme así?

Pedro creyó que su amo estaba delirando; Gonzalo hizo un movimiento de profundo malestar, y despues de serenarse un poco le preguntó cómo y quién le habia conducido hasia allí.

Pero Hernandez le contó todo lo que sabia, refiriéndole hasta con sus mas mínimos detalles cuanto le habia ocurrido con Rugier de Lauriga. Gonzalo le escuchaba con la mayor atencion.

—De modo, preguntó, que ese hombre te ha indicado el sitio en que yo estaba?

—¿Pues por quién sino por él hubiera yo podido saberlo?

—Sí, tienes razon, murmuró Gonzalo; mientras yo atentaba contra su felicidad; mientras yo, por servir á la pérdida, torturaba el corazon de la prisionera, ese hombre generoso me salvaba la vida.... Oh! cuántos errores por una posesion insensata! cuánta mengua por un funesto extravío!

—Estais peor, señor D. Gonzalo?

—Por fortuna estoy curado, sí; curado en el cuerpo y en el alma.... esta herida se cerrará.... la otra brota sangre; pero la cicatrizará mi venganza!

—Oh, delira! exclamó Pero Hernandez juntando sus manos con desconsuelo.

Gonzalo dejó escapar una amarga sonrisa y continuó:

—Descuida, Hernandez, yo no deliro.... estoy en mi cabal juicio, y para que te convenzas de ello te voy á descubrir la causa de mis males y á encargarte de una comision, que espero llevarás á cabo con la misma fidelidad de siempre.

—Mandadme, señor; os amo y podeis confiar en mí.

—Traes contigo todas las llaves de la fortaleza?

—Todas, inclusa la de la torre del homenaje.

Tambien la de la puerta que cerró D. Juan de Lara.

—Pues bien, yo no puedo moverme; tú que estás ágil vas á desandar tu camino, á penetrar en la cueva y á cruzar de nuevo la mina que conduce al interior del castillo; te vas á presentar al padre Gerardo, ¿entiendes? al padre Gerardo que es la causa de todos mis males; le contarás el estado á que me hallo reducido y le pedirás auxilio en mi nombre. Corre, me siento desfallecer y una sed abrasadora me está devorando.... corre, corre.

Gonzalo sintió que los objetos giraban en der-

redor suyo y cerró los ojos. Estaba pálido como la muerte.

Pero Hernandez tembló por la vida de su amo, dió un salto y se apoderó del casco que estaba en tierra; luego desapareció y al cabo de cinco minutos tornó allí con el casco lleno de agua; roció con ella el rostro de Gonzalo que se habia desmayado, y aplacó la sed que le consumia, dándole á beber de aquel líquido puro y cristalino.

—Gracias, murmuró Gonzalo, sintiéndose mucho mejor; la sed me estaba matando; pero ahora es otra cosa.

—En ese caso, y puesto que nadie pasa por aquí, iré á cumplimentar vuestras órdenes. Gracias á Dios, lo que es ahora no estoy ebrio como anoche, correré como un gamo y pronto tendreis los auxilios que necesitáis.

—Sí; pero escuchame antes lo que tengo que decirte. No hace mucho te ofrecí explicarte la causa de mis males: atiéndeme y me dirás luego lo que debo hacer.

—Os escucho, señor.

—Tú sabes que hace algun tiempo llegaron á la villa dos frailes que por su estatura, sus hábitos y sus luengas barbas encanecidas parecian dos hermanos gemelos.... te acuerdas?

—Sí, señor; el uno partió á las pocas horas y el otro se quedó alojado en el castillo, mereciéndoseos tanta confianza que me pareció os habia dado algun filtro, que ejercia sobre vos algun poder sobrenatural.

—Tienes razon; el poder de sus ojos me avasallaba y sus labios me enloquecian. Yo hasta entonces habia sido feliz; pero, ay! llegué á verla, llegué á tratarla, y esa mujer calcinó mi cerebro.

—Qué estais diciendo? el padre Gerardo....

—Es una mujer y una mujer jóven, rica y de peregrina hermosura. Si tú la vieras vestida con sus magníficos trages, cargada de joyas... ah! si tú la vieras te cegaria su espléndida hermosura.

—Pues me pienso que á pesar de todo debe ser un demonio.

—Dices bien, es el ángel del mal que el infierno interpuso en medio de mi camino. Esa mujer ha pervertido mi corazon y ha hecho que fuese tortuoso para mí el camino de la virtud, me habia convertido en un autómatas y estaba dispuesto á precipitarme en el abismo del crimen.

—Tanto la habeis querido?

—La idolatraba porque me creia correspondido; pero ella trata de amores con otro y los celos me han curado de mi pasion.

—Bendito sea Dios que ha hecho semejante milagro.

—No es Dios el que lo ha hecho, no es Dios, repitió Gonzalo con negra melancolía; es la estrella de esa mujer que se eclipsa, es la fatalidad que se arroja en medio de su camino.

Porque yo necesito que esa mujer espie los dolores que me ha hecho sufrir y Dios debe mirar con enojo las pobres ideas de venganza, de odio miserable que sienten sus criaturas.

—Teneis razon; Dios es grande y justo, y sabe castigar al malo.

—Mira tú por lo que yo te decia que el cielo no me habia inspirado esta idea. Porque yo quiero castigar á esa mujer y para ello necesito tu ayuda.

—Mandadme.

—En primer lugar vas á presentarte á ella, sin darte por entendido de que la conoces.

—Perded cuidado, disimularé.

—Luego procurarás enterarte del paradero de la pobre Catalina.

—Creo que debe estar en poder de Lara.

—Eso no basta; es preciso saber donde la tiene.

—Lo sabré.

—Espiarás todos los pasos que dé el padre Gerardo.

—Seré su sombra: ¿teneis algo mas que mandarme?

—No, el cielo vaya contigo.

Pero Hernandez puso al lado del herido el casco lleno de agua, única cosa que por el pronto podia suministrarle, y echó á correr con sorprendente agilidad.

CAPITULO XXX.

Gonzalo habia contado con fuerzas que no tenia, y bien pronto sintió un vértigo muy grande, perdió completamente las fuerzas y la fiebre se apoderó de todo su ser.

En vano quiso luchar con el exceso del mal; en vano trató de contenerlo comprimiéndose el pecho y la frente que hervian en agitacion continua; parecióle que se le escapaban la razon y la vida, y al cabo se desplomó sobre el suelo y quedó sin sentido.

No habia pasado cinco minutos en esta situacion, cuando por entre algunos añosos árboles aparecieron algunos hombres que á la desbandada iban cruzando el monte como si buscasen un objeto, tal vez alguna persona que se hubiese extraviado.

Entre aquellos hombres se hallaba uno á quien ya conocen nuestros lectores.

Acaso hayan comprendido estos que nos referimos á Fernando de Mallorca.

Era él efectivamente; él que desde las primeras horas del alba andaba buscando á su amigo el capitán Rugier.

Ya estaba persuadido de que no le encontraria, cuando fijando al acaso sus ojos en aquel sitio, acertó á ver el cuerpo exánime de un hombre que mas bien parecia un cadáver.

El de Mallorca tembló, tuvo miedo de haber llegado demasiado tarde; creyó que su amigo habia sido asesinado de una manera alevosa, y un frio glacial circuló por sus venas.

Fernando de Mallorca desechó su inquietud y avanzó algunos pasos mas; entonces se puso mas pálido, sintió mayor espanto y juzgó realizada su sospecha.

El que creyó muerto tenia el rostro pegado á la tierra y sus facciones no podian distinguirse.

Pero á su lado habia un casco, y mas allá otras piezas de armadura que el de Mallorca reconoció perfectamente.

Aquella armadura era la misma que usaba Rugier.

Fernando de Mallorca lanzó un grito con el que atrajo á sus compañeros; entre todos formarian como hasta una docena de hombres.

En seguida fué reconocido aquel cuerpo exánime y el de Mallorca tuvo la fortuna de convencerse de su error.

Aquel desdichado, que tampoco estaba muerto, no era su amigo.

¿Qué habia sido, pues, de Rugier?

Fernando no queria volver al campamento sin él; pero le pareció que seria cruel dejar á un moribundo en medio de aquella soledad, y en su consecuencia dispuso que fuese conducido por algunos de los que le acompañaban y entregado á D. Lope de Haro.

Varios hombres cargaron en seguida con Gonzalo que permanecia sin sentido y se alejaron de allí.

Fernando, que quiso marchar en direccion opuesta, encargó á los que quedaban en su compañía que recogiesen las armas de Rugier.

En seguida continuaron sus pesquisas.

Cuando menos lo esperaban llegó hasta ellos un gran ruido de voces, pisadas y relinchos de caballos. El de Mallorca y sus seis acompañantes se ocultaron detrás de unas peñas.

Entonces vieron pasar como hasta unos trescientos hombres, que eran precisamente los que comandaba el jóven Adrian de Montalvo, y entre los cuales iba Guzman el escudero de la condesa de Cinco-villas.

Aquel pequeño ejército iba tal vez á incorporarse con las tropas del rey D. Fernando, y tal vez á preparar una emboscada.

Fernando de Mallorca no pudo adivinar si serian amigos ó adversarios. Por eso continuó escondido hasta que todos se perdieron de vista.

Cuando ya no se escuchaba el mas leve rumor, hizo señas á sus seis hombres, los cuales se le reunieron inmediatamente.

—De dónde vendrán esos soldados? les preguntó lleno de incertidumbre.

—Yo creo, respondió uno de los interpelados, que son gentes de la inmediata villa, que al emprenderse el asalto querrán caer sobre nuestros compañeros. Será una nueva traicion que el de Lara nos habrá preparado.

—Puede ser, murmuró Fernando; pero además de que por ahora nos seria imposible dar aviso á D. Lope, nuestra consigna nos impone buscar á nuestro amigo Rugier. Continuemos en su busca.

—Y dónde diablos quereis que le hallemos?

—No sé; por ahora vamos á seguir las huellas trazadas por los que acaban de pasar.

Fernando se internó por una especie de desfilaro que formaban uniendo sus faldas dos empinados montes; uno de estos estaba cubierto de carascas y gran multitud de retamas.

Fernando vió en uno de ellos la boca de una cueva que le llamó la atención; aquella cueva estaba bastante elevada y medio cubierta por las malezas.

Nuestro joven comenzó á trepar por el monte seguido de sus seis acompañantes.

Ya estaban cerca de la embocadura de aquel antro cuando de pronto vieron con asombro tres hombres que salían de la cueva y tomaron por un atajo que debían conocer perfectamente.

—Ya estamos en el campo, dijo uno de ellos con viveza. Vamos, señor doctor, daos prisa; mi pobre amo está de bastante gravedad.

—Habr  enemigos por estas inmediaciones?

—Ni uno; daos prisa por la Santísima Virgen y no me hagáis padecer.

—Pues si no fuera por la órden terminante que me dió el padre Gerardo ya pod is estar seguro de que yo....

—No hub is salido, señor doctor?

—No.

—Pues de seguro hub is hecho una brutalidad.

—Despacio, señor Pero Hernandez, despacio y tened mas respeto á mis canas y   mi profesión.

Los tres hombres desaparecieron de la vista de Fernando de Mallorca que había tenido que ocultarse por segunda vez.

Después penetr  en la cueva, la reconoció, tent  sus paredes y en ellas encontr  un agujero estrecho por el cual apenas podía deslizarse un hombre. Fernando dejó apostados   los suyos en el sitio donde estaban y penetr  por aquel agujero; luego subió por una rampa oscura y empinada y se halló en una mina muy estensa, por la cual siguió avanzando durante mucho tiempo.

Los que habían quedado esperándole se impacientaban ya y temían que le hubiese ocurrido alguna desgracia, cuando le vieron volver y oyeron de su boca llenos de admiración las siguientes palabras:

—Pronto! pronto! sacad vuestros cuchillos, cortad la leña seca que pod is y tra dmela. Si han asesinado   Lauriga, por Dios y por todos los santos que voy á vengarle dignamente.

Los seis hombres á quienes se dirigian estas palabras se miraron atónitos; mas viendo que el de Mallorca les reiteraba sus órdenes, uno de ellos se atrevió   dirigirle esta pregunta:

— Qu  diablo intent is hacer con toda esa le a seca que quer is?

— No lo ves, imbécil?  No ves que voy á prender fuego al castillo de Tordehumos de donde vuelvo ahora por el subterráneo que acabo de recorrer?

No habían trascurrido quince minutos, y un mar de fuego amenazaba consumir   la villa. Entonces sus moradores temblaron de espanto, y D. Juan de Lara mand  izar una bandera de paz.

Cuando el de Mallorca volvió al campo sitiador y tuvo el gusto de ver bueno y en salvo   su querido amigo el capitán Rugier, el rey D. Fernando de Castilla había mandado suspender el asalto y concedido una tregua.

El incendio de la fortaleza fué sofocado   fuerza de supremos afanes.

—No les he dado mal susto, pens  Fernando de Mallorca con maligna sonrisa y mirando las columnas de humo que todavía continuaban subiendo lentamente y desvaneciéndose en medio de los aires.

CAPITULO XXXI.

El rey D. Fernando IV había recibido un mensaje del infante D. Juan, quien suponiéndose temeroso de haberle ofendido injustamente le pedía perdon por los desacatos que hubiese cometido, y procuraba relevarse un tanto de sus culpas haciéndolas recaer sobre el antiguo privado D. Juan de Lara. Como se v e, el infante jugaba con dos barajas y no quería parecer rebelde   los ojos del uno, ni cobarde y falto de consecuencia en concepto del otro.

Por su parte el rey hall  favorable coyuntura para suspender el asedio de Tordehumos, sin que en ello diese lugar   malas interpretaciones y conjeturas. No quería que se le considerase débil ni demasiado vengativo, aunque en realidad tenía deseos de vengarse y le faltaban los medios para ello. Mientras duró el combate llegaron hasta él dos correos portadores de malas nuevas. Por conducto del uno se le decía que los moros sitiados en la villa de Alcaudete por el infante D. Pedro, hermano suyo, se defendían con tanto tesón, que era necesario enviar refuerzos á fin de forzarlos   desalojar la plaza que poco antes habían arrancado del poder de los cristianos; por medio del otro se le hacía saber que D. Diego de Pastrana, padre de la tierna y hermosísima Doña Elvira de Pastrana, estaba resuelto   casar inmediatamente á su hija con el caballero Benavides.

Por muy bien que el rey quisiese á este caballero, quería mejor y muchísimo mas   Elvira, razón por la cual aquella inesperada noticia le puso del peor talante del mundo. En cuanto al cerco de Alcaudete le importaba mucho llevarle   cabo y herir con un golpe tan rudo como inmediato y certero, la altiva y feroz arrogancia de los moriscos. Bajo estas impresiones, y resuelto   marchar lo mas pronto posible á dar auxilio   su hermano y tomar la citada villa de Alcaudete, vió con el mayor regocijo la buena ocasión que se le presentaba para levantar el sitio de Tordehumos sin rebajar su prestigio ni perder su dignidad.

Puestas las cosas en este extremo las negociaciones se entablaron con toda brevedad, y aquel mismo día la paz estaba ya casi concertada. El de Lara que vió el asunto mal parado, prometió abandonar   Castilla y refugiarse en Portugal. El rey se lo otorgó así   condición de que le fuesen entregados algunos de los rebeldes que merecían ejemplar castigo, y muy particularmente cierto fraile de cana cabellera que antes y después del combate se había mostrado muy enemigo de su poder.

Si hemos de decir verdad, el rey ponía estas condiciones por hacerse valer; mas no porque tu-

viere odio al padre Gerardo á quien jamás habia conocido mas que por aquello que de sus cosas habia oido contar. El rey estaba ignorante de que bajo los hábitos de aquel fraile pudiera estar oculta una persona que en otro tiempo le habia sido sumamente querida.

Gonzalo, el alcaide de la fortaleza — que á la sazón se hallaba en poder de D. Lope postrado bajo el peso de una fiebre intensa que le devoraba — no habia dicho un disparate al afirmar á Pero Hernandez que la estrella de Doña Ana de Sobradriel se iba eclipsando por momentos. Doña Ana que habia penetrado una noche en Valladolid, con riesgo de su vida tan solo por salvar á los conjurados; Doña Ana, que siempre bajo la apariencia de un fraile, habia llevado gente á Tordehumos y que habia prestado mil servicios á D. Juan de Lara, estaba ya destinada por la ingratitud de este á ser entregada al rey, el cual podia imponer al padre Gerardo las penas que quisiese.

Sentados los preliminares del arreglo que iba á efectuarse, el rey hizo llamar á D. Lope de Haro y le habló en estos términos:

— Escucha, le dijo; ya sabes que estoy contratando con el de Lara.

— Lo sé, señor, respondió Lope que estaba muy triste.

— El tal caballero, continuó el rey, piensa ir á Portugal, donde ya no podrá continuar haciendo de las suyas. De los demás conjurados los unos irán á un destierro y los otros vivirán vigilados de continuo. Tenemos concluida esta escaramuza, y por consiguiente podemos dedicarnos con libertad á castigar á los enemigos de nuestra religion que han osado apoderarse de nuestra villa de Alcaudete. Cumple, pues, lanzarnos sobre ellos con la prontitud del rayo, y en su consecuencia vamos á dirigirnos allí. Antes, sin embargo, quiero estar en Palencia un par de dias. Se me ha dicho que D. Diego de Pastrana trata de unir á su hija con mi bueno y leal vasallo el caballero Benavides, y quiero apadrinar esa boda. Puedes dar en mi nombre las órdenes oportunas á fin de que todo esté preparado.

— V. A. será servido, respondió D. Lope; mas como ignoro el momento en que hemos de emprender esa marcha, desearia que V. A. lo fijase.

— Por ahora no puedo decírtelo terminantemente; si el de Lara parte esta noche y nos hace entrega de ese puñado de traidores.... A propósito, ¿te he dicho que voy á poner en tus manos para que lo castigues á ese mal fraile que tanto nos ha dado que hacer?

— Cómo! ¿el padre Gerardo va á ser entregado por el de Lara?

— Como lo oyes. ¿Te admiras por ventura?

— Si he de decir verdad, respondió Lope acordándose de su antiguo paje y temiendo por su vida, os diré que me pasma la felonía de D. Juan, toda vez que ese fraile ha secundado sus proyectos prestándole ayuda y protegiéndole en su evasión. Sin ese fraile, ni D. Juan, ni otro alguno de los suyos se hubieran escapado de Valladolid.

— Razon poderosa, respondió el rey, para que con hábitos y todo le cuelgues tan pronto como puedas del árbol mas alto que encuentres en estos sitios. Ministros de Dios que así faltan á la santidad de su ministerio, están virtualmente degradados.... En fin, yo te lo entrego, lo mismo que á todos los demás, y tú harás lo que te plazca con ellos.

El de Haro se alegró mucho al ver que el rey le hacia árbitro de la suerte de sus enemigos; abrigaba sentimientos generosos y queria evitar el derramamiento de sangre. Estaba interesado en salvar á Doña Ana y la resolucion del rey le era en extremo favorable.

Pero era preciso saber á qué atenerse respecto á los planes ulteriores de la condesa. Cuando ésta rompiendo su incógnito, le recibió un dia en Zaragoza, llegó á mostrar evidentemente la ojeriza que le inspiraba el rey D. Fernando. El antiguo paje de D. Lope, convertido en dama con grande admiracion de este, le habia confiado parte de unos planes que él estaba ahora interesado en desbaratar. Rugier le habia indicado tambien que la condesa atentaba, no ya precisamente contra el trono, sino tambien contra la vida del monarca, y el de Haro se propuso andarse con tiento respecto á lo que debia hacer con Doña Ana.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Peregrinos en el suelo son los hombres, y en la muerte, el camino que recorren sobre la tierra acaba, y principia el cielo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

